

## Edipo *reloaded*<sup>1</sup>

Ante todo quiero agradecer a los miembros de Lacantera Freudiana Chile, por haberme invitado a exponer mis ideas, en particular a Ruth Gaggero y a Damián Lopatin, que son quienes me enviaron la invitación, y también a la Sociedad Chilena de Psicoanálisis, que se sumó a esta iniciativa. A todos muchas gracias

Según me informé preparando esta presentación, en Chile la presidente Michelle Bachelet presentó un proyecto de matrimonio igualitario. Un poco tarde respecto de sus promesas electorales, y un poco obligada por la Corte Interamericana de Derechos Humanos, pero el 31 de agosto lo presentó. Si el proyecto es aprobado en el Congreso Chile pasaría a sumarse a los hasta ahora 23 países (de los 193 o 195 –¡no hay acuerdo!) que cuentan con el matrimonio llamado igualitario. Y acá aparece esta palabra, “igualitario”, que ya nos trae el tema de la igualdad, y por lo tanto, dada la estructura oposicional del significante, de la diferencia, sobre la que de muchas formas volveremos<sup>2</sup>..

El matrimonio igualitario es un proyecto que genera polémica en donde se presenta. Y es lógico, en relación a este proyecto se siguen enfrentando dos concepciones de la vida, que yo llamaría la religiosa versus la laica, o la del signo versus la del significante, la del orden garantizado versus la de la invención. Tiene una relación, compleja, con la oposición en ciencias sociales de las posiciones esencialistas versus las constructivistas. Podríamos situar el origen de este enfrentamiento (un poco míticamente, como sucede con cualquier narrativa del origen) en el complejísimo enfrentamiento de poderes que estalla con la revolución francesa, y su famosa máxima de *libertad, igualdad, fraternidad*. Y ahí tenemos otra vez a la igualdad, que vuelve en el concepto de matrimonio igualitario. El proyecto laico es el de la modernidad, y es nuevo; la visión religiosa es la de la tradición.

No es casual que, dos años después de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano la escritora y filósofa política Olympe de Gouges (1748-1793) haya redactado un texto de Declaración de los Derechos de la Mujer y de la Ciudadana. La igualdad de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano era tal cual lo que su título indica, una igualdad entre los hombres. Pero una vez que se produce esta primera caída de la monarquía y del derecho divino el lugar de la mujer no queda más delimitado por lo que la tradición sacralizaba, y comienza un replanteo de las relaciones entre los géneros que dura hasta la fecha. La última expresión de esta lucha (porque es una lucha, como todo lo que pone en cuestión a las relaciones de poder existentes) en mi país es el movimiento de Ni una menos, que busca poner fin al gravísimo problema del femicidio. Es en el marco de esta desestabilización de las relaciones entre los géneros que se hace posible la lucha de las *otras* sexualidades. Digamos que para que esas otras sexualidades pudieran tomar la palabra y reclamar derechos era necesario que el orden patriarcal se debilitara, y eso arrancó con el cuestionamiento del lugar de la mujer, por las

---

<sup>1</sup> Texto presentado en el marco de los Encuentros mensuales de Lacantera Freudiana Chile, el 21 de octubre de 2017.

<sup>2</sup> Respecto del tema del “género”, el feminismo, o mejor dicho los feminismos representan la lucha por la reivindicación de la igualdad. En muchos sentidos, el psicoanálisis, o mejor dicho las distintas teorías psicoanalíticas, eligen reivindicar la diferencia. Creo que las dos posturas portan una verdad, que como decimos, sobre puede ser medio-dicha. Habrá que lidiar con esa fisura, que supongo es insalvable.

mujeres (muy importante, nadie les regaló sus derechos, como nadie se los va a regalar a las lesbianas, los gays o las personas trans).

Pero volvamos al matrimonio igualitario. ¿Qué dicen sus detractores? Informándome sobre la situación en Chile encuentro una página (padrepatricio.com) que da 18 razones para oponerse al “matrimonio” (así, entre comillas) homosexual, al que considera una “mentira antropológica” y un “disparate jurídico”. Si bien da 18 razones, la principal, como afirma la página con toda coherencia, es la primera, la que dice que el matrimonio homosexual “implica desnaturalizar el concepto de matrimonio”. “La razón más importante - de la que se derivan las demás- es que con la ley del Gobierno, el concepto de matrimonio cambiará de significado. Ya no será, como en los últimos milenios, la unión de un hombre y de una mujer, sino también la de dos hombres o dos mujeres. Lo cual implica pervertir la naturaleza de las cosas”. Es cierto que la idea de “pervertir la naturaleza de las cosas” implica que hay una naturaleza de las cosas (de cosas tales como el matrimonio) y que toda otra forma de entenderla es desviarse de esa justa naturaleza. Por otra parte encontramos acá otra palabra que tiene una larga y a mi juicio no muy honrosa historia: “pervertir”. Es la incidencia del mal, pero sobre el fondo de un orden “natural”, que no se distingue del orden “sagrado”. La palabra hará su historia primero en la psiquiatría, y luego, ay, en el psicoanálisis.

Se entenderá porqué dije que una visión es la del signo y la otra la del significante. La versión laica dice que el sentido de los que es el matrimonio está sujeto a los cambios de la historia y de los usos sociales, y que puede cambiar su significado tanto como para llevar a un cambio en las leyes. Dice, por lo tanto, que no hay un padre que diga, de una vez y para siempre, cuál es la naturaleza de los hombres, de las mujeres, y de sus relaciones justas.

Claramente el psicoanálisis es impensable en la visión religiosa del mundo, la del Padre Patricio. Justamente una de las enseñanzas más importantes de Lacan fue llamarnos la atención sobre la estructura del significante, y sobre la imposibilidad de fijar un sentido, de establecer una relación unívoca entre una palabra y un sentido. Que es lo que pretende el Padre Patricio. Se podría creer, entonces, que los analistas se inclinarían a estar a favor del matrimonio igualitario, o al menos a no estar en contra. Sin embargo las cosas son más complejas. Esto se vio bien en Francia, donde la discusión en relación a esta ley fue muy fuerte y donde hubo varios analistas que intervinieron. Y si bien muchos aclararon que no había nada en la teoría psicoanalítica que permitiera oponerse en su nombre al matrimonio igualitario, eso fue necesario porque hubo otros que opinaron, en nombre de la teoría psicoanalítica de orientación lacaniana, que el matrimonio igualitario iba a ser una catástrofe, fundamentando esta aseveración en la conceptualización del complejo de Edipo. Esta disparidad de opiniones refleja, a mi juicio, las contradicciones que hay en las diversas teorías psicoanalíticas respecto de esta cuestión. Justamente respecto del tema que fue, en el origen del psicoanálisis, su piedra de escándalo, la sexualidad, la teoría oscila entre las dos versiones, la que yo llamé la laica, y la otra, la religiosa.

Leyéndome

Al tener que preparar esta presentación, en territorio para mí extranjero, y aprovechando que tengo varios artículos escritos, aproveché para leerme. Casi

diría para leer a Jorge Reitter, porque después de un tiempo de haberlos escrito los textos, afortunadamente, se vuelven un tanto ajenos. Y tengo la impresión que hay dos grandes cuestiones que me ocuparon al escribirlos. Me refiero a los textos que escribí acerca de lo que yo llamo la heteronormatividad del psicoanálisis. Un eje es eminentemente político<sup>3</sup>, se refiere a la heteronormatividad y sus implicancias subjetivas. El otro se centra en los (o tal vez el) argumentos sólidos que hay en la teoría psicoanalítica para quedar del lado de la heteronorma. Es todo lo que tiene que ver con la articulación del complejo de Edipo con el complejo de castración.

### Implicancias subjetivas de la heteronormatividad

Empecemos con el primer eje. Es el efecto directo de mis lecturas de Foucault, de los *lesbian & gay studies*, de la teoría queer y de algunos textos del feminismo. Es el intento de leer la enorme importancia de la dimensión política de la sexualidad, de cómo es desconocida por la mayor parte de las teorizaciones psicoanalíticas y qué efectos produce ese desconocimiento en la teorización y en la clínica. Antes de contactarme con esas otras lecturas yo, por mi formación de psicoanalista, no diría que desconocía la dimensión política de la sexualidad, ya que eso está muy presente en Freud, pero sí desconocía completamente la fuerza de la heteronormatividad, definida como “un régimen social, político y económico que impone las prácticas sexuales heterosexuales mediante diversos mecanismos, artísticos, educativos, religiosos, jurídicos, etc., y mediante diversas instituciones que presentan la heterosexualidad como necesaria para el funcionamiento de la sociedad y como el único modelo válido de relación sexoafectiva y de parentesco”. Y creo que la desconocía porque la teoría psicoanalítica, o al menos la mayor parte de las teorizaciones de los analistas la desconocen. Y al no leerla forman parte de ese régimen, sin saberlo. En lo que más nos interesa como analistas, la heteronormatividad es formadora de subjetividades a través de sus complejos mecanismos de regulación, y a mí, como analista, me interesa transmitir cómo esos diversos mecanismos son una fuerza a tener en cuenta, especialmente, por supuesto, si estamos trabajando con analizantes que no responden en su sexualidad (y por lo tanto en su vida amorosa) a la heterosexualidad. Es un aspecto de la sexualidad que no corresponde a lo edípico, ni siquiera a lo *psicológico*, pero que tiene una enorme incidencia sobre la subjetividad. Estoy convencido de que si no vemos la importancia de esto es muy poco probable que podamos ser buenos analistas de un sujeto que no responde a las expectativas de la heteronormatividad.

Como decíamos más arriba, la heteronormatividad impone las prácticas sexuales heterosexuales mediante diversos mecanismos, artísticos, educativos, religiosos, jurídicos, etc. Nuestros analizantes lgttbi están *permanentemente* sujetos a ese tipo de imposición, es muy importante entender eso. Pero también, en este mundo que nos tocó vivir, y gracias a la lucha de mucha gente, nuestros analizantes lgttbi tienen la posibilidad de dar una respuesta. Ya vimos un ejemplo de cómo funciona esta imposición de la heteronormatividad como única sexualidad válida con las 18 razones del Padre Patricio para oponerse al matrimonio igualitario. Veamos ahora algunos otros,

---

<sup>3</sup> Es político, pero yo siempre pienso como analista, me interesa la dimensión de las relaciones de poder (de la política) en la medida en que es formadora de subjetividades.

tomados de las redes sociales, de cómo se articula la imposición de la heterosexualidad (muchas veces vía la injuria) con la respuesta, que aunque sea a veces individual, siempre, se sepa o no, está articulada a una lucha colectiva. Elijo estos ejemplos, entre otras cosas, para mostrar cómo estos mecanismos de poder van mucho más allá del Estado y del orden jurídico.

Primer ejemplo: tomado del posteo de un pibe de una localidad muy chica de la provincia de La Pampa.

*"Hoy iba caminando de la mano con mi novio y un par de tipos, en diferentes oportunidades, nos gritaron "PUTOS". Me desilusionó bastante que se tomen el tiempo de remarcar algo que, ante los ojos de cualquiera, resultaba obvio. Cuando pasan estas cosas no puedo no preocuparme (más) por la idiotez humana que por la mismísima homofobia. Si voy caminando de la mano con mi novio es obvio que tengo asumido que soy puto, no sé, querete y evitate quedar como un pelotudo. No me ofendés, no me lastimás, no me hacés nada. En fin, estas cosas me horrorizarían si viniesen de personas inteligentes, pero como no es así, nosotros seguimos rozando barbas. AH".*

Segundo ejemplo: comentario de un lector en el blog *gay friendly* del diario La Nación, de Buenos Aires, a propósito de dos chicas que se besaron en un bar:

*"Todo esto está muy bien, pero los homosexuales también deberían considerar cuál debería ser su comportamiento más adecuado, sabiendo que a los hetero la homosexualidad nos produce un rechazo natural. Guarden el decoro, y así todos nos respetamos. (Y si alguien me tilda de homofóbico porque me produce rechazo la homosexualidad, y bueno)"*

Tercer ejemplo: carta del periodista Matías Sebastián publicada en la red Cosecha Roja<sup>4</sup>, en respuesta al uso por parte de la selección Argentina de fútbol de la palabra "putos" como insulto contra los periodistas que habían sido críticos de la selección, en un canto después del triunfo contra Ecuador:

*Querido Messi:*

*Gracias por tanto. Nosotros siempre creímos en vos. Somos felices cada vez que te escapás de la marca personal de los cuatro tipos que se siguen a todos lados, levantás la cabeza y corrés al arco.*

*Por eso te escribimos. Te queríamos contar que no fuimos los putos los que dijimos que cantabas el himno con la cabeza gacha. Ni fuimos los putos los que reclamamos que te pusieras las pilas porque si no ibas al mundial perdíamos plata. Los putos -¡incluyendo a los que somos putos y periodistas!- siempre supimos que estabas dejando lo mejor de vos en la cancha.*

*Y te alentamos de corazón. Tenemos, querido Messi, un corazón enorme, al que podemos mirar de frente. Ser puto es también ser valiente. ¿Te acordás cuando tenías 11 y decían que no ibas a crecer más? ¿Y cuando te fuiste a España con apenas trece años?*

---

<sup>4</sup> <http://cosecharoja.org/messi-los-putos-siempre-te-bancamos/>

*Esa opresión en el pecho, querido Messi, es lo que sentimos los putos cuando nos enamoramos de un compañerito y nos convertimos en el puto del barrio. ¿Te imaginás lo que siente un pibe que está por salir del closet cuando once ídolos usan su identidad como insulto?*

*Los putos sabemos, como vos, lo que es reponerse a la adversidad. El bullying que te hicieron los periodistas -¡tan machitos ellos!- es el mismo que recibimos nosotros casi todos los días de nuestras vidas. A veces también gambeteamos a los que nos marcan, pero cuando levantamos la cabeza no siempre está el arco: lo que suele haber son más y más tipos haciendo lo mismo de siempre; señalándonos con el dedo, tratando de apuntar su masculinidad haciendo mella de nuestros cuerpos.*

*Por eso te escribimos Messi. Podríamos apelar al chiste: gracias por dedicarle el triunfo a los putos periodistas y a la puta que nos parió. No hacía falta. A pesar del triunfo, a pesar de la alegría, ni los putos ni las putas queremos que nos dediquen nada.*

*Cuando una persona pública como vos dice puto como insulto, vuelven los dolores de la infancia, cuando en el colegio te señalaban y golpeaban. Cuando una persona como vos dice puto alimenta al machito social que nos mata, que nos señala como si fuéramos el problema cuando bien sabemos que el problema empieza por los machos y su patriarcado.*

*Con todo el amor que tenemos, Messi: no nos vuelvas a usar para insultar a nadie. Ni a nosotros ni a nuestras amigas las putas, que bien habrán hecho debutar a más de un pajero de tus compañeros de equipo.*

*Para nosotros puto no es un insulto. Todos los años hacemos una marcha (¡a la que estás invitado cuando quieras!) reivindicando nuestro orgullo de ser putos.*

*Gracias por tanto Messi. Te vamos a seguir alentando. De Corazón. Ojalá festejes el último gol de la final dándote un pico con el Pocho Lavezzi.*

*Pero ojo: este mundial lo vemos por la tele. Ni locos vamos hasta allá. En Rusia por ser puto te pueden meter preso y hasta matarte ¿Sabías? Ojalá lo sepas, Messi. Te queremos tanto.*

¿Por qué me detengo en estos ejemplos y no me conformo con la definición conceptual de la heteronormatividad y sus mecanismos? Por algo que básicamente tiene bastante mala fama en el ámbito lacaniano: quiero que se identifiquen con esos pibes y pibas gays, que se pongan en el lugar del otro, entiendan un poco más que la realidad que vive el otro, en ciertas cuestiones fundamentales, no es la que viven los analistas, al menos no los analistas que no son lesbianas, gays o lo que sea que no encuadre en lo *straight*. Quiero que entiendan en alguna medida lo que es estar sujeto *permanentemente* a la posibilidad, o a veces a la efectividad, de la hostilidad heterosexista. Quiero transmitir como eso, que no es subjetivo, determina *permanentemente* la subjetividad, lo que se puede hacer y lo que no, lo que se puede decir y lo que no, el precio que hay que pagar por hacerlo o por no hacerlo, como es imposible desligar esa subjetividad de los efectos de esos mecanismos, esos dispositivos, y de sus posibles resistencias. Tomemos el primer ejemplo, el del pibe de La Pampa, y veamos en cuántos aspectos su subjetividad y sus relaciones con los otros estuvieron moldeadas por todo este interjuego de relaciones de poder que le permite a ese par de tipos gritarles a él y a su novio, en dos ocasiones, lo que en cierto sentido es evidente, como el pibe mismo lo

dice. Claro que gritarles “putos” no es simplemente decirles quienes son, va mucho más lejos: es ubicarlos en un lugar abyecto. Y por supuesto que esos tipos no necesitan de ningún coraje para insultar a los pibes gays, porque todo ese régimen del que estamos hablando, y que se denomina heteronormatividad, los avala para hacerlo.

Entonces, el pibe de La Pampa, primero que nada, en algún momento de la pubertad, como todo adolescente cuya vida erótica es gay, tuvo que aceptar que esa era su forma de vivir el erotismo. Y si la irrupción de la sexualidad tiene siempre algo de aterrador, ese terror se multiplica cuando uno se descubre siendo lo que no se debe ser. Cuando lo que está mal no es sólo lo que uno desea, sino también lo que uno es. El pibe de La Pampa sabía que eso no era lo que se esperaba, y tuvo que decidir si lo aceptaba o no. Luego tuvo que decidir si lo expresaba o no, si salía o no del clóset, sabiendo que cualquiera de las dos decisiones (ambas comandadas por el dispositivo de la heterosexualidad) tendría un costo alto. Luego tuvo que decidir si salía o no de la mano con su pareja en un pueblo chico, y luego tuvo que decidir si respondía o no, y cómo, a las agresiones de las que seguramente sería objeto. Todas decisiones que, necesariamente, iban a afectar *la totalidad* de sus relaciones: como hijo, como amigo, como estudiante, como compañero, eventualmente como padre, etc. Todo esto en un mundo en el que, por la lucha de mucha gente (quiero decir, no solamente por cuestiones subjetivas), es posible que se haya planteado salir del clóset, o salir a caminar de la mano con su novio, dos cosas impensables en tiempos no muy lejanos. Como bien dice Matías Sebastián en su carta, ser puto es también ser valiente. Y la valentía de unos beneficia a otros.

Alguna vez escribí que para los analistas la homosexualidad o es una patología (perversión, por ejemplo), o no es tema, y en este caso toda la cuestión parece que quedara despachada con afirmaciones del estilo de que cualquiera, independientemente de su anatomía, se puede inscribir de cualquiera de los dos lados de la fórmula de la sexuación. Es cierto, pero si lo dejamos ahí se dejan de lado muchas cosas que son de un peso enorme en la vida de una persona lgttbi, por ejemplo todas las decisiones que tuvo que tomar el pibe de La Pampa antes de escribir el posteo que comentamos. Y todas las decisiones que tendrá que seguir tomando, porque, al menos en el actual estado de las cosas, la salida del clóset no termina nunca, y la violencia homofóbica tampoco. Entonces no alcanza con que nosotros, analistas, entendamos que no hay nada “perverso”, nada “contra natura” en las otras sexualidades (suponiendo que estemos del lado de los analistas que piensan así), no alcanza con que seamos políticamente correctos. Es importante ver que con eso está muy lejos de agotarse la cuestión, que la persona lgttbi tiene que vérselas con una cantidad de dificultades muy trascendentes en su vida que no son directamente el resultado de un conflicto psíquico, pero que lo generan. Se imaginan que todas las decisiones del pibe de La Pampa no fueron sin angustia, sin miedo, sin vacilaciones, sin verse envuelto en conflictos de amores, de lealtades, de fidelidades. A veces se ha comparado a los gays con los judíos en tanto minoría discriminada, pero hay una diferencia muy fuerte: en primera instancia (también existe el judío antisemita) el judío cuenta con su familia como lugar de contención y de apoyo, en cambio siguen siendo muchos los gays que son rechazados por sus propias familias por el hecho de ser gays (si bien esto es algo que, otra vez gracias a la lucha de mucha gente,

va cambiando). Son todas cuestiones que, si queremos ayudar a los analizantes lgttbi (“ayudar”, otra palabra que tiene mala fama en nuestro medio) creo que conviene no desconocer.

Quizás ustedes se pregunten por qué estoy hablando de relaciones de poder, de heteronormatividad, de dos pibes que son insultados en la calle. ¿Son temas que nos competen como analistas? ¿Podemos como analistas incidir en los mecanismos de poder heteronormativos? ¿Sería pertinente que lo hiciéramos? ¿Tiene eso algo que ver con nuestra tarea de psicoanalistas?

Claramente el psicoanálisis es una experiencia de transformación subjetiva en el marco del dispositivo que establecen la asociación libre, la transferencia y la interpretación, y que se autoriza en una ética y en una teorización más o menos consistente y, más profundamente, en el deseo del analista. En esto soy absolutamente clásico: el psicoanálisis no es un ámbito de militancia política. Pero nada queda por fuera de la política. Apostar al deseo del sujeto es una política tanto como apostar a la voluntad de Dios, que suponemos debe ser la apuesta del Padre Patricio. No hay posibilidad de quedar al margen de las relaciones de poder, pero sí hay posibilidad de tomar una posición crítica respecto de las mismas. Tengo la impresión que el psicoanálisis, al no hacer una lectura crítica del régimen heteronormativo, quedó parcialmente absorbido en el mismo (acá tendría que hacer unas cuantas disquisiciones ya que hubo momentos de la historia del psicoanálisis en los que fue un elemento muy importante de los mecanismos normalizadores, y otros en los que se desmarcó más, pero eso supera lo que me propongo en esta presentación).

Creo que si no percibimos la enorme incidencia de este régimen heteronormativo respecto de la subjetividad de las personas que no responden a la heterosexualidad corremos el riesgo de hacer lo que llamo *psicologizar*, por lo que entiendo atribuir al sujeto algo que no es subjetivo. Por ejemplo interpretar al pibe de La Pampa que él “busca” ese tipo de agresiones, o referir el episodio a un supuesto masoquismo. O referir *todas* las dificultades que pueda tener un gay para poner en palabras o realizar sus deseos y fantasías eróticas a su superyó. Por supuesto que *también* hay que tener en cuenta su superyó, pero teniendo en cuenta que no es lo único que dificulta el nombrarse y nombrar su deseo. Si el psicoanalista no se desmarca del dispositivo de la heterosexualidad lo va a reproducir en la escena del análisis, como he escuchado innumerables veces que sucede.

Una de las razones por las que me interesé mucho en la producción de Sándor Ferenczi es porque él, al igual que yo, fue muy sensible al peligro que supone que, por el hecho de ocuparnos de la subjetividad, interpretemos *todo* en términos subjetivos. El mundo, afortunadamente, no es una mera proyección de las fantasías, deseos y construcciones del sujeto, supongo que esa es una de las cosas que quiere decir Lacan cuando afirma que el psicoanálisis no es un idealismo. Creo que muchas veces se hacen desastres en nombre de la supuesta “implicación subjetiva”, si queremos que el sujeto se haga responsable de lo que no le corresponde lo único que lograremos, si está en juego la transferencia, es producir un efecto superyoico.

He aquí un ejemplo, tomado de una entrevista en la que Patrick Delaroche<sup>5</sup> ofrece una viñeta clínica<sup>6</sup> de lo que yo llamo la *psicologización* de las

<sup>5</sup> Psiquiatra, psicoanalista, antiguo miembro de la Escuela Freudiana.

<sup>6</sup> <https://sites.google.com/site/olivierdouvilleofficiel/articles/un-mariage-pastout>

relaciones de poder. “Un analizante que recibí durante unos diez años se obstinó en mantener múltiples relaciones con parejas femeninas, topándose con un fracaso sistemático. En esa cura, eso que Freud llama la “censura”, ese proceso que no es del orden de la represión, sino de la prohibición preconsciente auto impuesta, estaba en el centro del trabajo. Él estaba como constreñido por el siguiente imperativo contradictorio: “deseo a los hombres, debo desear a las chicas”. Se decía que amaba a las chicas, en un diálogo consigo mismo, en los mentismos que son bien conocidos en los obsesivos y cerraba así la ruta a lo que sin embargo para mí, en la transferencia, era una evidencia: deseaba a los hombres”. Leyendo esta interpretación uno podría imaginarse que el analizante vive en un mundo donde uno alegremente, sin ningún tipo de presión, puede elegir presentarse ante los amigos, ante los padres, en el trabajo, indistintamente en una relación con una mujer o en una relación con un hombre. Y eso *no es verdad*. Si fuera verdad no existiría lo que se denomina el *coming out*, ni se hubieran producido los episodios de homofobia que les transmitía como ejemplos, ni la enorme, inconmensurable cantidad que podría seguir citando. No existirían las 18 razones del Padre Patricio. Por supuesto que, en algunos lugares del mundo, no en todos, uno puede presentarse con una pareja del mismo sexo, pero eso siempre es un tema, siempre es necesario para el sujeto romper con ese algo que estamos tratando de delimitar con el concepto de heteronormatividad. Leyendo la interpretación de Delaroche pareciera que es todo una cuestión intrapsíquica, de una “prohibición preconsciente auto impuesta”, un “diálogo consigo mismo”. De ningún modo es así, esto está lejos de ser un diálogo consigo mismo, es un diálogo con todo un régimen de regulación de la sexualidad, algo que no es en lo más mínimo una fantasía del analizante.

¿Estoy diciendo que no hay nada de neurótico en él? Para nada, esa dimensión siempre está y como analistas es la que más nos interesa, es aquella en donde podemos operar. Pero para operar bien sobre la neurosis es importante discriminarla de lo que no es neurosis. Tengo la impresión de que si el trabajo no se hubiese centrado, como dice Delaroche, sobre la supuesta prohibición *autoimpuesta*, es posible que hubiese llevado menos tiempo a ese analizante poder aceptar su deseo, al poder leer mejor a qué se enfrentaba. Y el tiempo es vital, es vida. La lectura de Delaroche carga todo sobre el sujeto, es su problema si no puede elegir acorde a su deseo. Es a mi modo de ver, una lectura culpabilizante. Por supuesto que nadie le puede evitar al analizante su propio acto de asumir lo que quiere (y esto no es nunca sin angustia), pero la homofobia, la heteronormatividad, no son un problema que él se invente de tan neurótico que está.

Este primer eje de los dos que leo en mis escritos sobre el tema, el eje político, intenta situar las determinaciones de la sexualidad que van mucho más allá del estrecho horizonte de la familia. Esto sin desmentir el papel fundamental que juega la familia en la constitución del sujeto. El sujeto se constituye en un campo de fuerza libidinal, dándole a “libidinal” el sentido de relaciones de amor, deseo y goce personalizadas y nominadas. Y ese campo libidinal lo provee la familia. Familia que nunca está al margen de las relaciones de poder, por eso es que, más bien que “la familia”, hay familias, en plural. Familias pobres y familias ricas, extranjeras, inmigrantes, judías, cristianas, musulmanas, agnósticas, ensambladas, monoparentales, disfuncionales. Y



desde hace un tiempo se suma una nueva variante: las familias homoparentales.

Si el Padre Patricio se preocupa tanto por la posibilidad del matrimonio homosexual, como él lo llama, al punto de dar como aceptable lo que en otro tiempo le hubiese parecido un completo escándalo, la unión civil de dos mujeres o dos hombres, es porque el matrimonio homosexual permitiría la constitución, o mejor dicho la legitimación, de las familias homoparentales. El Padre Patricio piensa que un niño necesita a un papá y a una mamá. Es el mismo argumento que esgrimieron algunos analistas lacanianos en Francia para oponerse a la adopción de las parejas del mismo sexo.

### Complejo de Edipo y complejo de castración

Efectivamente, tanto el Edipo freudiano como el laciano están generizados. Con “generizados” quiero decir no sólo que están formulados en términos de un papá y una mamá, un progenitor de cada género (algo completamente comprensible en el contexto de la época) sino que en su formulación la diferencia sexual de los padres juega un papel fundamental: el hijo es deseado por la mujer como sustituto del falo que no tiene, y lo va a buscar en el hombre como sustituto del padre portador del pene. En Freud esto es clarísimo. En Lacan, o en el lacianismo (en la transmisión todo se mezcla) esto generalmente se complica con dos afirmaciones: que el falo no es el pene, y que es falo es un significante. Pero si hay que aclarar que el falo no es el pene es porque alguna relación con el pene tiene, cosa que Lacan nunca niega. Doy sólo una cita como prueba, (podría dar varias): “(...) hay alguien [el padre] que puede responder en cualquier circunstancia, y que responde que en todo caso el falo, el verdadero, el pene real, es él quien lo tiene. Es él quien tiene el ancho de espada, y que lo sabe<sup>7</sup>”. Por supuesto, para el *parlêtre*, el falo puede pasar a ser el niño, o el dinero, o el auto, cualquier cosa que cobre ese *valor*, pero me niego, bajo el estandarte del significante, a reducir la materialidad de los cuerpos a algo insignificante. Una cosa es que no tenga un sentido unívoco, y otra muy distinta es pretender que la materialidad de los cuerpos, incluida lo que Freud llamó la diferencia sexual anatómica, no juega ningún papel en la constitución de un sujeto<sup>8</sup>.

Las familias homoparentales ponen un gran signo de interrogación sobre el papel que juega, o no juega, la diferencia sexual anatómica en la constitución del sujeto. Es una experiencia de la que seguramente aprenderemos mucho. Hasta el momento todos los estudios serios indican que los hijos de las parejas del mismo sexo no tienen diferencias significativas respecto de los hijos de parejas heterosexuales. Las identificaciones sexuales y las elecciones sexuales de los dos grupos no presentan ninguna diferencia significativa. ¿Será posible que la sexualidad de los padres, al menos en lo que respecta a la identidad y la

---

<sup>7</sup> Jacques Lacan, Le Séminaire, libre IV, La relation d’objet. Éditions du Seuil, 1994. Página 209, traducción mía.

<sup>88</sup> Si sólo se tratara del significante, una travesti automáticamente sería una mujer al nombrarse como tal. Sin embargo no es así, si no, no estaríamos hablando de esto. Y no es así, entre otras cosas, por la incidencia del deseo sexual: para alguien que la travesti sea una mujer con pene puede ser una condición de deseo, para otro puede ser la razón de no desearla. El deseo no se ajusta nunca a lo políticamente correcto. Por la misma razón siempre hay cierta vacilación en si nombrar un o una travesti. La anatomía no es insignificante.

orientación sexuales, juegue un papel menos importante en las identificaciones y elecciones de los hijos de lo que hasta el momento creíamos?

Y acá vamos llegando al núcleo del segundo de los dos ejes que leo en mis escritos. Que el complejo de Edipo en su articulación con el complejo de castración tiene una función normalizadora no es algo que sólo Gayle Rubin<sup>9</sup> afirme; Lacan también lo dice. En la teorización del complejo de Edipo tenemos una narración de cómo el varoncito llega a ser un varoncito, la nena llega a ser una nena. “Hay, por otra parte, en el Edipo, la asunción, por el sujeto, de su propio sexo, es decir, para llamar las cosas por su nombre, lo que hace que el hombre asuma el tipo viril, y que la mujer asuma cierto tipo femenino, se reconozca como mujer, se identifique a sus funciones femeninas. La virilidad y la feminización son los dos términos que traducen lo que es esencialmente la función del Edipo. Nos encontramos ahí en el nivel donde el Edipo está directamente ligado a la función del Ideal del yo – No tiene otro sentido<sup>10</sup>”, dice Lacan en el Seminario V. Hay quienes se espantan ante la idea de “normalizar” algo. No es mi caso, no veo otra alternativa que *intentar* hacerlo, porque, como el psicoanálisis mismo nos enseña, no hay objeto natural para la pulsión, no hay para el *parlêtre* ninguna sexualidad *natural*, y es entonces eso que Freud llama “la cultura” lo que debe ofrecer un objeto a la pulsión<sup>11</sup>. Que el complejo de Edipo sea un dispositivo normalizador no es entonces, a mi modo de ver, el problema en sí, lo que sí es un problema es si el psicoanálisis se vuelve un dispositivo normalizador de la sexualidad.

Es probable que ustedes quisieran decirme que de ningún modo es así, que el psicoanálisis, al menos en su versión lacaniana, no es de ningún modo adaptativo, ni se basa en ideales, que por lo tanto no es sugestivo, sino que va a acompañar al sujeto en su deseo. Y sin duda ese es el espíritu del psicoanálisis. Sin embargo, en lo que respecta a las sexualidades, el psicoanálisis, o tal vez debiéramos decir los psicoanálisis, se han quedado a mitad de camino entre una ruptura con los mandatos ideales y una posición heteronormativa, no ya basada en los mismos principios que el Padre Patricio, sino en cierta lectura de algunos hechos de la vida sexual que es absolutamente original del psicoanálisis y que en la teoría se denomina Complejo de Castración.

La noción de perversión de la que se vale Freud en los famosos *Tres ensayos de teoría sexual*, de 1905, está directamente tomada de la psiquiatría de la época, no surge de la escucha psicoanalítica, y como Arnold Davidson<sup>12</sup> lo demuestra en un brillante artículo, se anula a sí misma a partir de la revolucionaria afirmación freudiana de que la pulsión sexual no tiene un objeto natural. A la altura del desarrollo teórico de ese texto es contradictorio que Freud mantenga la noción de perversión, ya que en 1905 “perversión” toma el

---

<sup>9</sup> Gayle Rubin, El tráfico de mujeres, notas sobre la economía política del sexo, Revista Nueva Antropología, noviembre, año/vol.VIII, núm.030 Universidad Nacional Autónoma de México, Distrito Federal, México. pp.95 – 145

<sup>10</sup> Jacques Lacan, Le Séminaire, libre V, Les formations de l'inconscient. Éditions du Seuil, 1998. Página 166. Traducción mía.

<sup>11</sup> Por la misma razón considero que los padres que no quieren ofrecer a sus hijos identificaciones ni masculinas ni femeninas, que buscan nombres y juguetes neutros, etc., esperando que él o ella “elijan” su sexualidad supuestamente espontánea, están poniendo en una situación muy difícil a sus hijos. No existe deseo por fuera del deseo del Otro. Dicho de otro modo, no hay ninguna sexualidad natural para el *parlêtre*.

<sup>12</sup> Arnold I. Davidson, The emergence of sexuality, Harvard University Press, 2004.

significado de la patología de un instinto que, como el mismo texto lo demuestra, no existe. Pero cuando va formulando la teoría del complejo de Edipo, y sobre todo cuando la articula con el complejo de castración, puede plantear una teorización de las perversiones que es propiamente psicoanalítica. Este es un argumento serio, no se lo puede tomar a la ligera; aunque por otros caminos termina haciendo una lectura de las *otras* sexualidades no en sí mismas, sino siempre en función del modelo de la heterosexualidad, pero esta vez no ya como la supuesta sexualidad “natural”, “normal”, sino como aquella que reconoce la diferencia, que acepta la castración, el goce femenino, u otros sintagmas por el estilo.

Como todo el campo de las otras sexualidades es complejo y variado, y cada una merece su propia investigación, a partir de aquí me voy a atener a lo que yo investigué en particular, a la homosexualidad masculina. En su estudio sobre Leonardo, que es donde más se ocupa del tema de la homosexualidad masculina, Freud plantea una idea que considero que bajo distintas formas retorna en muchas teorizaciones posteriores, y que he escuchado infinidad de veces en la boca de muchos analistas. Es la idea de que la homosexualidad sería una suerte de huida frente a la heterosexualidad. Dice que el homosexual, “en virtud de la represión del amor por su madre, conserva a este en su inconsciente y desde entonces permanece fiel a su madre. Cuando parece correr como amante tras los muchachos, lo que en realidad hace es correr a refugiarse de las otras mujeres que podrían hacerlo infiel. Además, por la observación directa de casos hemos podido comprobar que esas personas, en apariencia sólo receptivas para el encanto masculino, en verdad están sometidas como las normales a la atracción que parte de la mujer; pero en cada nueva oportunidad se apresuran a trasladar a un objeto masculino la excitación recibida de la mujer, y de esa manera repiten de continuo el mecanismo por el cual han adquirido su homosexualidad<sup>13</sup>”. ¡Todo esto es muy curioso! En primero lugar, que yo sepa, tanta fidelidad no tiene nadie, ni siquiera con la madre. Por otra parte, de un verdadero deseo nadie huye tan consecuentemente durante toda su vida, ¿qué quiere decir un deseo sexual al que nunca se accede, y que sería reemplazado por otro que trae en la vida una cantidad enorme de inconvenientes? Muy bizarro. *En verdad*, según Freud, a los homosexuales les gustarían las mujeres, solo que nunca se atreven por no ser infieles a la madre. Esto podría tener un sentido si se comprobara que después de un tiempo de análisis los homosexuales vencieran el apego a la madre y descubrieran su verdadero deseo por una mujer. Pero nada de eso sucede<sup>14</sup>. Freud no puede pensar que haya una elección de objeto homosexual. Lo que habría sería una permanente huida de una elección de objeto heterosexual.

Ustedes me podrán objetar que estas ideas son de 1910, y que ya están superadas. Sin embargo, si tomamos el libro de alguien que para muchos de los que estamos acá es un maestro al que queremos y respetamos, y con el cual yo estoy en muchos sentidos muy agradecido, me estoy refiriendo a

---

<sup>13</sup> Sigmund Freud, Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci, en Obras Completas, tomo XI, página 94. Amorrortu Editores, 1986.

<sup>14</sup> Como Freud mismo lo admite, por ejemplo en el historial de la joven homosexual, el deseo homosexual nunca desaparece, a la sumo se puede ampliar hacia una sexualidad heterosexual. Pero, según mi experiencia, esta última nunca alcanza la intensidad de deseo y de goce del primero. Es lógico, en el primero están las marcas originarias de la constitución de ese sujeto.

Norberto Rabinovich, veremos que en este punto no difiere tanto del planteo freudiano. En su libro *Lágrimas de lo real*, cuya primera edición es de 2007, o sea casi cien años posterior al libro de Freud, podemos leer una variante de la misma idea. Retoma un concepto que en Freud aparece relacionado con el fetichismo y con la psicosis, pero que, visto con el prisma lacaniano se aplica al campo de la perversión: “las perversiones sexuales” surgen “a consecuencia de una marcada renegación de la castración, la cual despertaría en ellos un temor, por lo menos un poco mayor que en los neuróticos<sup>15</sup>”. El autor toma lo que él mismo llama “la clasificación nosográfica tradicional de las perversiones sexuales<sup>16</sup>”, vale decir, la de la psiquiatría de fines del siglo XIX, que las define por “ciertas singularidades del comportamiento sexual<sup>17</sup>”. Es decir que no se trata de una clasificación propiamente psicoanalítica, sino psiquiátrica, pero deduciendo de ella, y ahora sí con conceptos del psicoanálisis, una posición subjetiva, la de renegar de la castración, lo cual se corroboraría teniendo en cuenta “el punto saliente que permite identificar con mayor rigor los cuadros perversos<sup>18</sup>”, esto es “la evitación del acoplamiento genital heterosexual<sup>19</sup>”. Por supuesto que según este razonamiento la homosexualidad cae de lleno en el campo de la perversión. Y como uno de los grandes méritos de Norberto es su coherencia, con todo rigor incluye a la homosexualidad entre estos perversos que renegarían de la castración. ¡Y acá tenemos otra vez, en 2007, la idea de que a los gays no les gustan realmente lo que les gusta, sino que están todo el tiempo evitando otra cosa que les da tanto miedo! Y, cosa curiosa, el planteo muy cerca del planteo de la heteronormatividad, que, como recordarán, veíamos que consideraba a la heterosexualidad como “el único modelo válido de relación sexoafectiva”. No es lo mismo, pero es muy parecido. Por otra parte, no me sorprende que un planteo que empieza en esos términos desemboque en plantear que “el perverso teme dirigirse al lugar predestinado del acoplamiento sexual”. ¿Predestinado por quién? ¿No habíamos quedado, a partir de *Tres ensayos*, que no había un objeto “predestinado” para la pulsión?”.

El razonamiento desemboca en la idea de que el perverso, o sea, para lo que nos interesa, el homosexual, evitaría confrontarse con el fracaso de la relación sexual. Por el contrario, yo creería que si vamos a llamar “relación sexual” a la relación armoniosa entre los sexos, eso fracasaría desde el inicio para alguien gay; y si vamos a llamar “relación sexual” a una complementariedad de deseo y de goce, los gays no parece en este sentido mucho más felices que el resto de la humanidad. Hay que reconocer que, con la honestidad que lo caracteriza, Norberto Rabinovich reconoce que “en función de estas coordenadas teóricas el deseo sexual en el perverso no se distingue del que caracteriza al neurótico<sup>20</sup>”, que “es, en principio, una cuestión de acentos<sup>21</sup>”.

Volviendo al artículo de Leonardo, en el mismo Freud da otra “explicación” de la psicogénesis de la homosexualidad, explicación que está en el origen de las ideas que llegan hasta el libro de Norberto. Es la explicación a partir del

---

<sup>15</sup> Las lágrimas de lo real, 139

<sup>16</sup> Ídem

<sup>17</sup> Ídem

<sup>18</sup> Ídem

<sup>19</sup> Ídem

<sup>20</sup> Ídem, 141

<sup>21</sup> Ídem 142

complejo de castración. Retoma ideas que había planteado en su trabajo de 1908 sobre las teorías sexuales infantiles y hace un relato del encuentro del niño con la diferencia sexual anatómica, algo que estaba fuera de programa. “Halla demasiado valiosa e importante esta parte del cuerpo [el pene] para creer que podría faltarle a otras personas que siente tan parecidas a él”, y en particular a la madre. “Este prejuicio arraiga tanto”, sigue diciendo Freud, “que ni siquiera lo destruyen las primeras observaciones de los genitales de las niñas”. Como ustedes recordaran, el relato es que ante esta percepción siniestra (*unheimlich*) el niño responde de un modo extraño, no la admite, sino que la desmiente, *reniega* de ella. Aquí aparece la famosa renegación referida a la ausencia de pene en la mujer. La primera reacción del niño, según Freud, es afirmar que la nena tiene pene, salvo que es chiquito, pero ya crecerá (un tipo de argumento que se reiterará innumerables veces a lo largo de la vida, y a propósito de las situaciones más variadas). Cuando esta expectativa no se cumple en posteriores observaciones, aparece una nueva teoría, articulada a la amenaza que supuestamente ha recibido: el miembro estaba, pero fue cortado. “Bajo el influjo de esta amenaza de castración, él reinterpreta ahora su concepción de los genitales femeninos; en lo sucesivo temblará por su propia virilidad, pero al mismo tiempo despreciará a las desdichadas criaturas en quienes, en su opinión, ya se ha consumado ese cruel castigo”. “Antes de que el niño cayera bajo el imperio del complejo de castración (...) la mujer conservaba pleno valor para él”, pero luego la añoranza “deja sitio a un horror que en la pubertad puede convertirse en causa de la impotencia psíquica, de la misoginia, de la homosexualidad duradera<sup>22</sup>”. Entonces el homosexual supuestamente sería homosexual porque nunca superaría este horror a la castración, no porque le guste otra cosa.

Notemos que el horror al genital femenino no es planteado por Freud como un sentimiento propio de los futuros homosexuales. Por el contrario, es una reacción universal ante la constatación de la falta de pene en la mujer. Este horror, según Freud, tiene tres destinos: la impotencia, la misoginia y la homosexualidad. Lo que Freud, hasta donde recuerdo, no aclara, es cómo es que ese horror se supera. Lo que nos lleva a otra cuestión: ¿qué quiere decir “superarlo”, que quiere decir la tan mentada “aceptación de la castración”, y en particular, qué significaría en el plano sexual? Ya de entrada se plantean problemas semánticos, porque en el plano sexual, si habría algo que aceptar, sería más bien que *no hay castración*, siendo la castración una teoría fantásica para explicar la diferencia de los sexos. ¿Y qué sería aceptar la diferencia de los sexos?

Acá es donde yo pienso que tal vez caigamos en una trampa. Porque creo que el único signo que aceptamos como prueba de haber “aceptado” la diferencia sexual es haberla elegido (y esto trae un montón, pero *un montón* de supuestos). Y resulta bastante evidente que si razonamos así nos deslizamos con una facilidad pasmosa hacia una pendiente heteronormativa, ya que todo lo que no sea la elección de la diferencia sexual anatómica es un rechazo de, una renegación de, y no me digan que, si es así, no es grande la tentación de intentar que se admita lo que supuestamente no está admitido, que se deje de rechazar lo que supuestamente está rechazado, que se deje de “renegar”.

---

<sup>22</sup> Todas las citas del artículo de Freud son de la página 88

*Propongo que separemos el “aceptar”, “asumir” la castración de un “elegir” la diferencia sexual anatómica.* De hecho en la elección homosexual hay una aceptación implícita de la diferencia sexual, ya que se elige un sexo y no el otro. Tengo la impresión de que lo que llamamos “elección de objeto”, que de elección tiene bastante poco, es un proceso muy complejo, que involucra una cantidad muy grande de variables que de ningún modo se pueden resumir solamente en si acepta o no acepta la falta de pene de la mujer. Si el universal horror al genital femenino se supera, es decir, si puede pasar de despertar horror a despertar deseo, es porque la mujer se estableció, para ese sujeto, como causa de deseo.

No creo que el homosexual no elija a la mujer porque no puede superar el horror al genital femenino, sino más bien que, en la medida en que la mujer no es lo que se estableció como objeto de deseo, no es eso lo que está en juego en su sexualidad. Su sexualidad tendrá otros problemas, no ese. No tiene mucho sentido, me parece, decir que alguien no vence el horror a algo que no desea.